

Memoria, víctimas y futuro

José María Tojeira

Director del Instituto de
Derechos Humanos de la UCA (IDHUCA)

Palabras clave:

representaciones sociales, violencia
directa, memoria histórica, conflicto
armado, jóvenes.

1. Memoria y construcción de futuro

La paz no puede definirse hoy únicamente con el concepto tradicional agustiniano de “la tranquilidad en el orden”. De hecho, cuando hablamos hoy de orden entendemos una realidad diferente de la que Agustín suponía. Los dinamismos históricos nos han llevado a entender la paz como un progreso personal y social en el desarrollo de las capacidades humanas, que requiere esfuerzo personal y solidaridad colectiva. Las diversas vinculaciones de la paz con la realidad social que han hecho los diferentes pontífices de la Iglesia nos muestran dinamismos necesarios que implican construcción social. Pío XII hablaba de la paz como fruto u obra de la justicia, Pablo VI mencionaba el desarrollo como el nuevo nombre de la paz, Juan Pablo II insiste en que la paz es el fruto de la solidaridad y Francisco añade que la paz necesariamente se desarrolla en la triple dimensión de armonía consigo mismo, con los otros seres humanos y con la naturaleza. La construcción de la paz, mencionada textualmente en las bienaventuranzas, es tarea y acción humana permanente. Es, en palabras actuales, construcción de procesos civilizatorios.

En esta construcción de la paz como tarea, se plantea como ideal la existencia de un mundo sin víctimas. Si entendiéramos el relato de la creación y castigo de Adán y Eva como la prehistoria humana, podríamos decir que las primeras palabras pronunciadas por Dios en la historia de la humanidad son la pregunta hecha a Caín: ¿dónde está tu hermano Abel? La violencia está en el acontecer humano desde el principio y, en palabras del apóstol Pablo, no terminará hasta que Cristo, vencidos todos los poderes hostiles al Reino de la misericordia y el amor, entregue toda la creación al Padre y Dios sea todo en todas las cosas. El Reino de Dios, como punto final de la historia, ha sido fuente de utopías a lo largo de la historia. Pero dentro del pensamiento cristiano, ese Reino se construye desde la misericordia y la solidaridad con todas las víctimas de la historia y un nuevo modo de vivir la fraternidad. El interés por las víctimas se presenta así como el correlato básico en la construcción de la paz. En ese sentido, no podemos entender a las víctimas como objetos de estudio; son personas, hermanos y hermanas, y, en cuanto tales, se convierten también ellas en los agentes fundamentales de la construcción de la paz y de una civilización diferente de la actual, demasiado regida por la ley del más fuerte. La profesora de Ética Adela Cortina dice en uno de sus últimos libros¹, sobre la aporofobia, que la especie humana lleva aproximadamente 40,000 años sin grandes cambios biológicos o genéticos. Sin embargo, en el terreno de la ética, tendemos todavía a funcionar desde la conciencia de grupo, sin avanzar mayormente hacia la solidaridad universal con la especie. Clasificamos al grupo cercano como nosotros, y a los demás, a los que están fuera del grupo, sea familiar, étnico o incluso nacional, los calificamos como los otros. Y al dividirnos entre nosotros y los otros damos fácilmente

el paso hacia el binomio superiores-inferiores y hacemos construcciones sociales donde los privilegios de los superiores son simultáneamente mecanismos opresivos para los considerados inferiores, que generalmente son también la mayoría.

Las víctimas son, al final, los considerados inferiores en esta historia del éxito de los imperios, de la riqueza o de una ciencia al servicio del poder. Los que mueren en las guerras, los explotados en su trabajo, los marginados y privados de sus derechos básicos económicos y sociales, los despreciados, o incluso asesinados, por razones étnicas o raciales, los migrantes, las mujeres consideradas y tratadas como inferiores por la cultura machista, las personas sometidas a formas modernas de esclavitud, los desaparecidos y sus familiares, los presos hacinados o los detenidos sometidos a tortura o tratos crueles y degradantes, los empujados a diversos modos de dependencias despersonalizantes, constituyen parte de ese universo tan amplio y diverso de víctimas que habita en esta casa común que llamamos mundo contemporáneo. Preguntarnos por su papel en la construcción de un mundo más humano es una tarea básica. Como ante toda pregunta por el comportamiento humano, podríamos responder que es importante escuchar a víctimas lúcidas. Pero que otras, tan deshumanizadas por los golpes de su historia y por la sed de venganza, incluso convertidas en ocasiones también en victimarias, no tendrían mucho que aportar. Más allá de esa división de víctimas buenas y malas, muchas veces lastrada desde una observación cómoda y alejada del dolor, tratamos ahora de buscar lo que la víctima, toda víctima, nos puede decir sobre nuestra condición humana y sobre nuestra necesidad de crear futuros cada vez más humanos. No tratamos de deificar

1 Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*. Barcelona: Paidós Ibérica.

a las víctimas ni de convertirlas en el único y supremo valor de la existencia, pero sí de interesarnos sobre lo que el mundo de las víctimas nos puede señalar como tarea. Y lo primero que descubrimos es que las víctimas, desde sus potencialidades propias, nos pueden librar de esa historia marcada por la diferencia entre superiores e inferiores.

Porque, en efecto, las víctimas, cuando se las escucha con interés y con sentido fraterno, despiertan siempre lo mejor y los más humano de las personas, que es la empatía. Las víctimas despiertan la indignación ante la injusticia y mueven a la compasión y a la solidaridad con ellas. En América Latina contamos, a lo largo de la dura y conflictiva historia social del siglo XX, con una larga serie de personas comprometidas con la defensa de las víctimas; desde las abuelas argentinas hasta verdaderos mártires que dieron y entregaron su vida en el servicio a los más pequeños y golpeados por nuestra historia violenta. Más allá de la tendencia a resaltar a los héroes de nuestras guerras, no hay duda de que la calidad humana de muchos defensores de derechos humanos ha sido muy superior a la de próceres militares que con facilidad ensalzamos en nuestras construcciones nacionalistas. Las víctimas despiertan el sentido profundo de la justicia, más allá del espíritu de venganza. Primo Levi fue uno de los 20 sobrevivientes del envío de 650 judíos italianos destinados a morir en el complejo de Auschwitz. En uno de sus escritos titulado "Ahora o nunca", decía: "La sangre no se paga con sangre. La sangre se paga con justicia... Si los alemanes han matado diez hombres por uno y nosotros debemos hacer como ellos, uno se hace igual a ellos y no habrá paz"². Etty Hillesum, una judía que se presentó voluntariamente ante los nazis para

que la enviaran a un campo de concentración y poder ayudar a los judíos desde su conocimiento de enfermería, decía: "La venganza es reprensible, pues nos hace iguales a aquellos de quienes queremos vengarnos"³. Esta mujer fue asesinada posteriormente en dichos campos, tras haber contribuido a salvar vidas. Pero su testimonio no queda en el pasado. Hace no mucho la madre de una joven violada y asesinada se oponía en Estados Unidos a la aplicación de la pena de muerte al asesino y violador de su hija. Cuándo se le preguntaba por qué se oponía a la muerte del agresor, violador y asesino, contestaba diciendo: "Porque no me quiero parecer en nada a él". Si el autor del crimen creía que matando solucionaba su problema, la madre de la víctima quería justicia. Pero sabía también que el ojo por ojo y diente por diente no hace sino prolongar una historia de violencia, al tiempo que asemeja a la víctima con el agresor.

La violencia, ciertamente, es siempre más propia de los verdugos que de las víctimas, aunque algunas de estas aspiren a la venganza, después de tanta privación, maltrato y sufrimiento. Uno de los mejores poetas salvadoreños, Roque Dalton, respiraba esa especie de rabia vengativa cuando lanzaba sus ayes contra los poderosos y opresores diciendo: "Ay entonces del grito que no se emitió para dolerse de los hermanos, sino para corromper sus oídos al tiempo que se loaba a su enemigo, ay entonces de la frivolidad con que se apoyó la vigencia del becerro de oro... ay del traslado del crimen hacia los hombros de los débiles... ay de los soplos al oído del verdugo, ay de las tolerancias, ay de las mentiras matutinas y vespertinas"⁴. Podemos entender el exceso de odio de los sobrevivientes de graves violaciones de dere-

2 Citado en Todorov, Z. (1993). *Frente al límite*. México: Siglo XXI, p. 249.

3 *Ibid.*

4 Dalton, R. (1999). *Poemas clandestinos*. San Salvador: UCA Editores.

chos humanos, pero comprendiendo la cólera del vencido, a la sociedad le toca impulsar una justicia que va más allá del castigo a los verdugos, pone en el centro la reparación de las víctimas y su derecho a la verdad, y trata de reconstruir el tejido social roto por la brutalidad de quienes pusieron su confianza en la fuerza bruta. Pero aun así, con todo y el comprensible odio de algunas víctimas, en estas se encuentra siempre una mayor humanidad que en los victimarios. Porque el odio del vencido no es absolutamente negativo, sino que tiene también una dimensión positiva. El poeta Antonio Machado decía que “la guerra, odiada por las madres, las almas entigrece”⁵. Y el odio a la guerra no cabe duda de que es una actitud ética de odio al mal. Las víctimas pueden odiar al victimario como el agente operativo del daño, pero odian especialmente el daño injusto que no quisieran que existiera.

De hecho, las potencialidades y particularmente la fortaleza de algunas de las víctimas nos llevan incluso, en algunos momentos históricos, a sentir el deber de celebrarlos. El culto a los santos en la Iglesia católica nació precisamente del recuerdo de unas víctimas inocentes, los mártires, de quienes se decía ya, en medio de las persecuciones, que Cristo estaba en ellos.⁶ Y más adelante, el Tercer Concilio de Cartago⁷ al mismo tiempo que establecía el canon bíblico y ordenaba que solo las escrituras inspiradas se leyeran durante la eucaristía, añadía que podían leerse, en sus aniversarios, las narraciones del testimonio y suplicio de los mártires. Lo que en el pasado se vivía entre lágrimas, años después se puede revivir con alegría. Porque la fortaleza de las víctimas, su aceptar intrépidamente la muerte en favor de una causa, o

su resiliencia cuando sobreviven la persecución, expresan uno de los rasgos más hondos de la realidad humana. La muerte de Martin Luther King, por poner un ejemplo, si bien fue muy dolorosa e injusta, la celebramos ahora como un triunfo sobre los verdugos. Y lo mismo podríamos decir de Mons. Romero en El Salvador o de cualquier otra persona que haya enfrentado la muerte o la persecución desde la opción pacífica de la defensa de los pobres y de los derechos humanos. En el caso de Romero, la celebración de su condición de víctima fue causa de que el día de su muerte, 24 de marzo, se declarara por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas como el Día Internacional del Derecho a la Verdad en relación con Violaciones Graves de los Derechos Humanos y de la Dignidad de las Víctimas.

Desde estas potencialidades de las víctimas, se puede y se debe construir el futuro, si queremos que este sea cada vez más humano. Olvidar a las víctimas es fortalecer a los victimarios. La historia de la fuerza bruta, del éxito del poder construido sobre la muerte y la sangre de los débiles, tiene en cada época numerosos cantores. Las víctimas son las únicas voces que pueden ayudarnos a cambiar la historia de la humanidad. Escucharlas en Auschwitz, Dachau, Sobibor y tantos otros campos de exterminio ayudó a proclamar la *Declaración universal de los derechos humanos*. No escuchar a las víctimas de Hiroshima y Nagasaki llevó a la humanidad al riesgo de su propia autodestrucción, acumulando arsenales atómicos con capacidad de eliminar la vida en la tierra. Escuchar a las víctimas ha llevado a la firma de la paz en las guerras civiles de muchos de nuestros países de América Latina. No

5 Machado, A. (1978). España en paz, en *Manuel y Antonio Machado. Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.

6 Tertuliano. Cristo está en el mártir. *De Pudicitia*, XII, PL 2, 1027.

7 Tercer Concilio de Cartago. (397 d. C.), canon 36 (47).

respetar su memoria, su derecho a la justicia y a la reparación, ha mantenido en nuestros países la cultura de la violencia que continúa destruyendo vidas por motivos diferentes a los de las guerras, pero con la misma base estructural de establecer relaciones entre supuestos superiores con más derechos o poder que los así considerados inferiores.

2. La memoria, recurso de las víctimas

Pero demos marcha atrás y comencemos de nuevo por los factores que otorgan siempre la posibilidad de victoria a las víctimas y a los débiles. Las víctimas poseen dos elementos que, unidos, terminan siempre por darles la razón: la memoria y la verdad. La verdad del sufrimiento es irrefutable. Se basa en hechos concretos que están más allá de cualquier interpretación. Como decía Hanna Arendt: “La verdad, aunque impotente y siempre derrotada en un choque frontal con los poderes establecidos, tiene una fuerza propia: hagan lo que hagan, los que ejercen el poder son incapaces de descubrir o inventar un sustituto para ella. La persuasión y la violencia pueden destruir la verdad, pero no pueden reemplazarla”⁸. La memoria, por su parte, no solo es el recuerdo de los hechos, sino parte constitutiva y fundamental de la identidad de la persona; por eso es irrenunciable. Y por lo mismo también se convierte siempre en el último recurso de las víctimas frente al poder brutal y muchas veces absoluto de sus perseguidores; un recurso que el poder no tiene la capacidad de eliminar. En la lucha por la vida, el poder del dinero y de las armas puede imponerse con facilidad, destruir y matar al débil. Pero la memoria constituye siempre una especie de resurrección de la

vida frente a la capacidad de destrucción del poderoso. La vida puede perder la batalla contra la muerte, pero la memoria es el único instrumento humano para vencer la nada, y funciona. En las persecuciones de los cristianos en tiempos del Imperio romano, hubo casos colectivos, como el asesinato masivo de los llamado mártires de Lyon y Viena, en los que los perseguidores trataban de destruir los cuerpos para evitar el culto a los mártires. No enterrar a criminales o vencidos, dejarlos a la entrada de las ciudades, para que se los comieran los perros u otras alimañas, era costumbre antigua, ya mencionada en el drama de *Antígona*. Al igual que respecto a los hornos crematorios, solamente la memoria les quedaba a las víctimas como recurso de lucha.

En El Salvador, una sobreviviente de la masacre de El Mozote, Rufina Amaya, mantuvo durante once años la memoria viva de la muerte de sus hijos, y muchos más asesinados, a pesar de los ataques, acusaciones y desprecios inventados y propagados por sectores oficiales de los diferentes Gobiernos de El Salvador a lo largo de ese período de tiempo. En su testimonio señalaba el lugar de la masacre de niños e insistía en que ella distinguía las voces de sus hijos entre las de los otros infantes, llamándola a ella. El *Informe de la Comisión de la Verdad*, tras el fin de la guerra civil salvadoreña, mencionaba que, precisamente en el lugar que había dicho la testigo, se habían identificado “los restos de esqueletos de 143 individuos, de los cuales 131 correspondían a niños menores de 12 años de edad, 5 a adolescentes y 7 a adultos”⁹. Resistir pacífica y consistentemente en la verdad es también una forma de amor. En el caso de Rufina Amaya,

8 Arendt, H. (1967). Verdad y política, en *Verdad y mentira en la política*. Barcelona: Página Indómita, 2017.

9 Comisión de la Verdad (1992). De la locura a la esperanza. La guerra de doce años en El Salvador. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 533(48). Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA), San Salvador.

una muestra heroica de amor a sus hijos y a la humanidad.

Pero la falsificación y manipulación de la memoria, cuando no su recreación mentirosa, es también un recurso de los poderes establecidos para justificar el presente. A mayor cultura autoritaria, más suele abundar la manipulación de la memoria. Los regímenes fascistas revivían la memoria desde la raza y desde el pasado imperial y glorioso de las naciones para crear un futuro de dominación y justificar un presente injusto. Los países que fueron imperios coloniales aceptan de mal grado la brutalidad con la que frecuentemente actuaron. Bartolomé de las Casas, el dominico que tuvo la capacidad de ver el sufrimiento de los indígenas, entender sus problemas y, desde su comprensión del Evangelio, oponerse a una conquista marcada por la brutalidad, al menos en un primer momento, es con frecuencia tachado de mentiroso, exagerado o incluso afectado psicológicamente por trastornos obsesivos que le llevaban a desvirtuar la realidad. Todavía hoy en día, cuando el presidente de México, López Obrador, solicitaba a la Casa Real española una disculpa por los abusos cometidos contra los pueblos originarios, las reacciones tensas y agresivas no dejaron de aparecer en medios culturales e incluso universitarios. Y ello a pesar de que “lo que la memoria ha descubierto en los últimos años es que las víctimas del colonialismo, de la esclavitud, de la conquista o de la guerra civil son significativas, tienen significación”¹⁰. El miedo a reconocer la barbarie del pasado protege un modo de pensar que es humanamente una verdadera tragedia y que persiste incluso en la actualidad. Es la poca importancia y significatividad que le damos a las víctimas en los

lenguajes oficiales. Los victimarios siempre hablan de la verdad, pero la maquillan hasta hacerla irreconocible. Las víctimas exponen su verdad desde el dolor, pero con realismo y sencillez. A los niños y niñas que mueren en un bombardeo, los que dan la orden de atacar les suelen llamar “daños colaterales”. Las madres les llaman “hijos”. El hecho de que los victimarios puedan continuar maquillando la verdad con tanto descaro refleja la debilidad de la cultura ambiental frente a la brutalidad del poderoso. En general, es característico del poder militar, político o cualquier tipo de poder tratar de restarle significado e incluso presencia social significativa a sus víctimas. Si la memoria de las víctimas debe llevarnos a la rebeldía frente a los verdugos, la rebeldía contra el lenguaje políticamente correcto se vuelve muchas veces indispensable para luchar contra los abusos del poder.

El poder, en la medida en que se aleja de la democracia, trata de empequeñecer nuestra memoria para poder así justificar un presente pobre y contradictorio con la igual dignidad humana. Frente a la falsificación de la memoria, las víctimas tienen la evidencia de su dolor y del abuso sufrido. Shakespeare decía que los héroes de batallas nobles nunca olvidan el día del triunfo, en el que arriesgaron vidas, salud y fortuna, y sobre el cual construyeron su autoestima y dignidad. Y, así, cada aniversario de la victoria en la batalla del día de los santos Crespín y Crespán, el rey Enrique V decía: “... enrollarán sus mangas y mostrarán sus cicatrices diciendo: estas cicatrices las tuve el día de San Crispín”¹¹. Mucho más las víctimas ven en la memoria la única manera de defender su dignidad. Porque, efectivamente, el que ataca y crea víctimas trata siempre de despersonalizar a la víctima,

10 Mate, R. (20 de abril de 2010). Cuando las injusticias no prescriben. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/diario/2010/04/20/opinion/1271714405_850215.html.

11 Shakespeare, W. (1599). *Enrique V*. Barcelona: RBA Libros, 2003.

de forzarla a convertirse, de alguna manera, en un producto subhumano. Este proceso de despersonalización de las víctimas no es ajeno a algunos aspectos de la cultura contemporánea individualista, arraigada muchas veces en la razón instrumental, y con tendencia a objetualizar a las personas y clasificarlas según su utilidad. Cuando la competencia y el triunfo individual se convierten en la base de la relación social, se impone la cultura del cazador, con todas sus trampas y artimañas para conseguir la pieza deseada.¹² Cuando la cacería es de seres humanos, sea en el campo de la política, de la economía o de la violación sistemática de los derechos humanos, la memoria se alza, junto con la dignidad de la persona, como única posibilidad de freno e incluso de reversión, juicio y castigo de los abusos cometidos.

Frente a la cultura actual, la memoria de las víctimas se vuelve más urgente como reactivo y catalizador de la construcción de nuevos paradigmas culturales y civilizatorios. Hoy es más urgente la necesidad de tener en cuenta a las víctimas, y a todas las víctimas, porque los accidentes, los motines, la represión, las guerras impactan terriblemente y son parte de los acontecimientos que nos narran diariamente los periódicos y los medios de comunicación. Pero la acumulación de las noticias suele generar una especie de costumbre que lleva a producir una sensación de impotencia y a generar el consiguiente olvido. En la película *Hotel Rwanda*, uno de los protagonistas refugiados en el hotel le insiste a un periodista que publique en la televisión un reportaje sobre el genocidio que estaba ocurriendo en esta nación africana. Y el periodista le responde diciendo que lo más que va a conse-

guir es que se pase un breve reportaje en el telediario de la noche y que la gente que lo mire diga “qué horror”, para después seguir cenando. En principio, todos decimos que a las víctimas hay que defenderlas, protegerlas y, por supuesto, acusar y sancionar a los victimarios. Cuesta después actuar, especialmente cuando las víctimas son pobres o carecen de nombre en nuestras sociedades. Además, las víctimas son con frecuencia el resultado de un último nivel de una violencia previa, ejercida contra las personas en lo que hoy llamamos derechos económicos, sociales y culturales. “La pobreza y la muerte de los pobres no son acontecimientos”¹³, decía Paul Ricoeur hace ya años y, por supuesto, y precisamente por ello, pasan excesivamente inadvertidos. Es cierto que en nuestras sociedades latinoamericanas, como decía el poeta hondureño Roberto Sosa, “los pobres son muchos y por eso es imposible olvidarlos”¹⁴. Pero las formas de justificar la pobreza son innumerables y parten de demasiadas formas y estilos de pensamiento. Que el verdugo no prevalezca sobre la víctima ha sido siempre el gran anhelo de fondo de la justicia en la historia de la humanidad. Y la memoria es, en ese sentido, indispensable.

En la década de los setenta del siglo pasado, y en medio del auge revolucionario de América Latina, solía decirse que “solo el pobre salva al pobre”. Pero hoy tendríamos que hablar del pobre con memoria, con identidad y con capacidad de entender las raíces de su opresión. Ignacio Ellacuría hablaba de los pobres con espíritu como una traducción actualizada de las bienaventuranzas. Y es precisamente contra ese espíritu que se abalanzan los victimarios. Estos presuponen

12 Bauman, Z. (2013). *Tiempos líquidos*. Barcelona: Tusquets, pp. 150-152. Aquí desarrolla lo que él llama la utopía del cazador como símbolo de la cultura contemporánea. El animal que cacemos “no nos librará del pensar en los inmensos aunque desabridos defectos de nuestra común condición, pero el acto de cazar sí”.

13 Ricoeur, P. (2015). *Historia y verdad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 275.

14 Sosa, R. (1969). *Los pobres*. Madrid: Ediciones Rialp.

que el pobre no tiene ni puede tener ideas propias, que es manipulado cuando se rebela y que deja de ser mano de obra útil cuando exige justicia. Silenciarlo es indispensable, así como destruir las fuentes de su supuesta manipulación. En la guerra civil de El Salvador, algunos analistas militares solían decir que los enemigos de pluma y escritura eran más peligrosos que los de fusil. Al dispararles en la cabeza pensaban que convertían a aquellas personas pensantes en cadáveres sin voz, verdaderos pobres entre los pobres sin alternativas históricas. Pero no se daban cuenta de que los convertían en verdaderos pobres con espíritu, capaces de iluminar y transmitir con mayor claridad todavía el espíritu de toda víctima, por ignorada que fuera, y proponer desde las mismas víctimas un proyecto de solidaridad universal. Lo mismo sucede cuando se mata a los líderes sociales. La memoria del pobre que resiste siendo persona humana, sabiéndose con derechos, diciendo la verdad irrefutable de sus sufrimientos, fiel al espíritu que le confirma como ser humano, salva a la humanidad de la barbarie. Las normas que defienden, los convenios que protegen y las Constituciones que confirman los derechos vienen después. Es la memoria del vencido, que reconoce a las víctimas como personas dignas y continúa manifestándose como testigo de la dignidad humana, la que contribuye a crear y universalizar los dinamismos y leyes de protección humanitaria.

3. Los enemigos de la memoria

Al llegar a este punto, es importante reflexionar también sobre los enemigos de la memoria. Por supuesto nos encontramos en primer lugar con los verdugos. No hay dictador que no se haya titulado como defensor de la patria y de sus valores originales y primigenios, por más que haya oprimido y golpeado a sus opositores. Y,

por supuesto, ningún dictador ni ningún imperio han dejado de tener sus cantores. La repetida frase de Lord Acton: “El poder tiende a corromper, pero el poder absoluto corrompe absolutamente”, puede ampliarse también al intento de corromper la memoria. Los verdugos se presentan siempre como ejecutores de la justicia, afirman que sus leyes se inspiran en la moralidad y con frecuencia han gozado de bendiciones religiosas; pero la sangre y el dolor de los pueblos los desmascara con relativa facilidad. Si el arma preferida de los enemigos de la memoria es la mentira, la verdad del dolor de las víctimas, una vez está establecida, resulta indestructible. Mientras la mentira tiene que reinventarse y repetirse cada día, el testimonio del sufrimiento de las víctimas no cambia, permanece indestructible frente a la mentira del opresor.

Entre los verdugos tenemos que ubicar no solo a los sádicos, que se divierten matando. El sadismo está claramente establecido en múltiples testimonios de guerras y venganzas de los poderosos. Pero también se encuentran entre los verdugos los obedientes, que se consideran como piezas de una maquinaria, y los tecnócratas que aceitan y pulen la máquina de matar. Muchas veces despiertan el deseo de venganza, tan perfectamente expresado en el salmo 137, que hablaba de estrellar contra las rocas a los niños pequeños de Babilonia. Pero la brutalidad, tanto en la ofensa como en la respuesta, no se queda solamente en épocas primitivas de la historia. Bartolomé de las Casas hace algunas descripciones de las razias llevadas a cabo por los conquistadores españoles que tienen una alucinante semejanza con los genocidios, políticas de tierra arrasada y masacres del presente. “Los cristianos con sus caballos y espadas y lanzas —decía fray Bartolomé— comienzan a hacer matanzas y crueldades extrañas en ellos. Entraban en los pueblos, ni

dejaban niños ni viejos, ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaban y hacían pedazos... Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre por medio, o le cortaba la cabeza de un piquete o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas, y daban de cabeza con ellas en las peñas”¹⁵. Por dura que nos parezca la relación, casos semejantes se han dado en las masacres del siglo XX y en las guerras sucias y a veces larvadas contra indígenas, judíos, gitanos, opositores ideológicos y simples campesinos, muchas veces por el simple hecho de estar pacíficamente en el lugar que los poderosos determinaban como inhabitable. Con frecuencia los violadores de derechos humanos, sean sádicos o responsables de las diversas formas de exterminio, burocráticas algunas de ellas, se disculpan insistiendo en que obedecían órdenes. En torno a las responsabilidades burocráticas, valga citar a Albert Speer, ministro de armamento en el Tercer Reich, juzgado en Núremberg y condenado a veinte años de prisión por utilizar trabajo esclavo. Ante el tribunal, cuando pedía perdón por los crímenes cometidos, afirmaba que él era “el principal representante de una tecnocracia que, sin enredarse en escrúpulos, acaba de comprometer todos sus medios en contra de la humanidad”¹⁶.

Hemos hablado ya de los imperialismos, de sus abusos y de los recursos y la facilidad que tienen para intentar modificar la memoria. El nacionalismo, cuando ha tenido algún tipo de refuerzo imperial en su historia, es experto en analizar y contar los acontecimientos del pasado resaltando los resultados de su dominio imperial y rebajando y reduciendo la barbarie cometida.

Los nacionalismos exacerbados, por su parte, son expertos en dividir a los pueblos entre un nosotros primario y un los otros secundario, que conduce con frecuencia hacia formas racistas de desprecio o incluso persecución u opresión a etnias, ideologías o culturas diferentes. La política misma, estructurada como voluntad de poder, puede caer fácilmente en el desprecio del contrincante y en la complicidad con el abuso. Frente a ello, nuestra pertenencia a la humanidad, a la especie humana, debe impulsarnos siempre a ser críticos frente a las razones de Estado, cuando estas se aplican negativamente a grupos o etnias en situación de debilidad social. Solo la apertura a lo universal de lo humano puede llevarnos a asumir valores absolutos.

En la actualidad, debemos revisar con más cuidado una cultura ambiental influida por el neoliberalismo y la globalización de la economía que el mismo impulsa. De hecho, está centrada tanto en la acumulación de capital en pocas manos como en la satisfacción inmediata del deseo, conduciendo así a un individualismo consumista, enemigo por definición de toda memoria crítica que imponga un paréntesis reflexivo en el rumbo de la cultura. Este “turboconsumismo”¹⁷ actúa entre nosotros como un distractor, un parloteo constante y sistemático de necesidades muchas veces artificiales, que ofrecen una felicidad engañosa y evitan cualquier reflexión sobre injusticias muchas veces patentes, si no tocan nuestro estilo de vida. Derivados hacia preocupaciones superficiales, el pasado incómodo, aunque sea relativamente cercano, pierde totalmente su relevancia. Ante las desgracias, por injustas que sean, aparecidas en los medios de comunicación, apenas se nos permite respirar profundo y mantener la

15 De las Casas, Bartolomé (1965). *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 25.

16 Citado en Todorov, Z. (1993), pp. 204-205.

17 Concepto desarrollado Lipovetsky, G. (2013). *La felicidad paradójica*. Barcelona: Anagrama.

reflexión durante el breve lapso que el aire dura en los pulmones, para regresar después, rápidamente, a las preocupaciones de ese tipo de sociedad “en el que la seducción reemplaza a la coerción, el hedonismo al deber, el gasto al ahorro, el humor a la solemnidad, la liberación a la represión, el presente a las promesas del futuro”¹⁸. El hecho de que este tipo de cultura ambiental se dé con fuerza en una América Latina especialmente marcada por la desigualdad económica y social vuelve más necesario el ejercicio de la memoria. Unas sociedades como las nuestras, con claros tintes neoliberales, que tienen, además, “una dinámica de concentración de poder y de riquezas en manos de pocos, no solo de los recursos físicos y monetarios, sino sobre todo de la información y de los recursos humanos”, obliga a “promover una globalización diferente que esté marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos”¹⁹. No escuchar a las víctimas de este tipo de sociedad nos cierra en general a la escucha de las víctimas.

La intelectualidad cómoda es también enemiga de la memoria crítica. “La primera tarea de los intelectuales —decía Norberto Bobbio— debería ser la de impedir que el monopolio de la fuerza se convierta en el monopolio también de la verdad”²⁰. La pereza, el miedo, la dependencia de un trabajo ligado a intereses poderosos, de cualquier signo que este sea, frenan fácilmente la tarea de pensar, dialogar y ser coherentes con las verdades de las víctimas. Frente a graves violaciones de derechos humanos acontecidos

en El Salvador, no han faltado profesionales que partiendo de la teoría psicoanalítica terminan diciendo que el recuerdo de los acontecimientos duros y crueles del pasado debe confinarse al olvido por simple sanidad mental, olvidando que esa misma teoría maneja los acontecimientos traumáticos del pasado con el objetivo de hacerlos conscientes y claros, para después poder iniciar un proceso de reacomodación en el presente que suprima la peligrosa influencia del pasado en la propia vida, desde el ámbito de la inconsciencia o del trauma tensionante e irremediable. Este sector es parte de quienes al no poder renunciar a la memoria tratan de volverla ineficaz, reduciéndola al ámbito de los problemas privados, suprimiendo su significación social y dejándola al margen de toda incidencia en lo público.

4. Las bondades de la memoria

Frente a los enemigos de la memoria, debemos rescatar lo positivo de la misma. Las sociedades crecen y se desarrollan humanamente con base en la memoria colectiva que selecciona aquellos valores, observados y repetidos en la vida, que se consideran positivos. Tanto la ética como la moral tienen etimológicamente puesta su raíz en la costumbre. Y la costumbre se transmite tanto a partir del ejemplo como de la memoria. Si la ética es una reflexión sobre lo bueno que ha de asumir el ser humano por el hecho de ser humano, no hay duda de que la memoria como identidad positiva, y aunque hunda algunas de sus raíces en lo amargo de la vida,

18 *Ibid.*, p. 31.

19 Ver en documento conclusivo de Aparecida los nn. 61, 62 y 64. El texto del n. 62 guarda un enorme parecido con el texto de la *Quadragesimo anno*, de Pío XI, que en 1931, sufriendo las consecuencias de la crisis del 29, decía todavía con mayor crudeza: “Salta a los ojos de todos que en nuestros tiempos no sólo se acumulan riquezas, sino que también se acumula una descomunal y tiránica potencia económica en manos de unos pocos... Esta acumulación de poder y recursos... es el fruto natural de la ilimitada libertad de los competidores, de la que han sobrevivido sólo los más poderosos, lo que con frecuencia es tanto como decir los más violentos y los más desprovistos de conciencia” (nn. 105 y 107).

20 Bobbio, N. (1998). *La duda y la elección*. Barcelona: Paidós Ibérica, p. 72.

juega un papel fundamental en la reflexión normativa. De hecho, los pueblos realizan siempre en las culturas originarias una especie de memoria ejemplar, escenificada en mitos, que establecen patrones universales de comportamiento, conducen a determinadas estructuras de convivencia e impulsan la racionalidad en la acción humana.

Ya hemos hablado de la memoria como constructora de verdad. Tras las guerras, sean internacionales, civiles o sucias y larvadas, las instancias internacionales hablan siempre de garantías de no repetición, que deben insertarse en las diversas legislaciones de cada país afectado. Sin embargo, las garantías de no repetición solo son posibles si la memoria triunfa sobre el olvido. Dejar a las víctimas en el olvido nos convierte en cómplices de un mundo construido sobre el dominio de quienes se sienten o autodenominan superiores; individuos estos que ponen la dignidad de la persona humana en el dinero, el poder o el éxito y consideran prescindibles, calificándolos como inferiores, a todos los que no pertenecen al mismo círculo de bienestar. Frente a ellos, la víctima consciente, decidora de verdad y que reclama sus derechos, expresa lo mejor del ser humano capaz siempre de reclamar la igual dignidad y la construcción, desde esa igualdad, de una sociedad sin víctimas. Su resistencia no violenta, y generalmente desde condiciones de inferioridad, es la expresión concreta en una persona de que “el sermón de la montaña, con su no violencia, quiere entrar en la historia”²¹. La verdad sobre la igual dignidad de la persona, reclamada desde las víctimas, conduce, de un modo casi automático, a revisar todo tipo de injusticia. Son precisamente ellas, las víctimas de la brutalidad histórica, las que nos llevan directamente a

ampliar nuestra visión social y a revisar todo tipo de victimización procedente de las injusticias estructurales. La memoria es también una forma de justicia, mientras que el olvido es una variante más de la injusticia.

A esta memoria conformadora de la convivencia humana se suma también, en determinadas circunstancias, la que llamaríamos memoria profética. Ella se inspira en tradiciones básicas del pasado para denunciar la deshumanización tanto del presente como de las líneas que marcan la dirección del futuro. Nuestra historia latinoamericana es rica en esta memoria profética, inspirada en el recuerdo del Evangelio de Jesús, generando personalidades de una enorme riqueza humana y cristiana, hoy considerados santos ejemplares. No podemos dejar de pensar en Mons. Romero, hoy san Óscar Romero, cuando leemos el apartado titulado “El obispo ante los retos actuales”, en la exhortación apostólica *Pastores gregis*, de Juan Pablo II. Allí, tras afirmar que el mundo actual está caracterizado por una guerra de los poderosos contra los débiles, animaba a todos los obispos a convertirse en profetas de justicia, que desde la radicalidad del Evangelio “asume[n] la defensa de los débiles, haciéndose la voz de quien no tiene voz para hacer valer sus derechos”²², además de actuar como auténticos padres de los pobres y defensores de los derechos humanos. Podemos decir que la memoria de las víctimas despierta siempre nuevas memorias.

Entre esas nuevas memorias está el recuerdo generador de esperanza de los que podemos llamar salvadores. Y cuando los salvadores se convierten en víctimas, la memoria de tales personas tiene un efecto de triunfo sobre el victimario en el que quedan

21 Ricoeur, P. (2015), pp. 271-272.

22 Juan Pablo II (2013). *Pastores gregis*. Roma: Libreria Editrice Vaticana, n. 67.

resarcidas, al menos parcialmente, las víctimas olvidadas, dado el carácter simbólico de algunos casos y personas. No hay duda de que Gandhi o Mandela encarcelados, y Martin Luther King y Mons. Romero asesinados, adquirieron tras su prisión o su muerte una dimensión simbólica de extraordinaria importancia para entender y resignificar experiencias traumáticas. Mientras el verdugo queda relegado a lo que realmente es, un subproducto de humanidad, la víctima comienza a ser recordada en su calidad heroica y ejemplar. Más allá de los nombres mencionados, a los que llamamos salvadores, aunque con frecuencia anónimos, están presentes en todos los momentos en que se persigue a los seres humanos precisamente por ser humanos. La persecución de los judíos en tiempo de los nazis encontró cómplices con demasiada frecuencia, pero también generó magníficos ejemplos de humanidad que, aunque no trasciendan con la fuerza de los anteriormente señalados, permanecen en la memoria agradecida de las víctimas como estímulo, fuente de confianza y ejemplo. Los salvadores no se sienten héroes, valoran como bien supremo a la persona humana y rechazan cualquier tipo de culto a la muerte que puedan dar o tener los héroes oficiales. En medio de la guerra civil salvadoreña, Don Santos,²³ un campesino analfabeto, refugiaba en su casa a unas quince personas que huían del ejército, en su mayoría mujeres y niños. Cuando se le preguntó si no le daba miedo que lo acusaran de proteger a terroristas, respondió sin vacilar: “Para una oportunidad que tengo de ser cristiano, no la voy a rechazar”. Su esposa estaba a su lado cuidando a niños ajenos.

Situaciones como la descrita son suficientemente abundantes y se han dado en todos los países donde ha habido graves violaciones de derechos humanos. Recogerlas, mantenerlas en la memoria, constituye una parte fundamental de la historia de las víctimas y, con ellas, de la humanidad. Son parte de la memoria ejemplar que puede inspirar nuevas formas de relación social, especialmente en un mundo nuestro que reacciona con frecuencia de un modo negativo frente a problemas como la migración. En un estudio sobre los salvadores, que protegieron especialmente a judíos durante la Segunda Guerra Mundial, se decía: “Los salvadores... no son conformistas... Llevan en sí mismos el medio para distinguir el bien del mal: están provistos de una conciencia viva y actúan de acuerdo con ella... Los salvadores son habitualmente parejas... Uno de los dos será sobre todo portador de una moral de principios; es el que decidirá el deber de ayudar a todos los que tienen necesidad de ayuda... El otro estará listo para la moral de la simpatía... sentirá la humanidad de aquellos que necesitan ayuda y asegurará... el albergue y el cubierto de quienes lo necesiten... Conducen, pues, a ver en la pareja, no en el individuo, el ser moral completo”²⁴. Son en ese sentido constructores de paz, que devuelven a las víctimas la dignidad y la confianza indispensable para afianzar posteriormente una cultura pacífica y fraterna. En un mundo como el nuestro, amenazado por el individualismo consumista y por la indiferencia, recoger los testimonios de los salvadores, conocerlos y valorarlos, nos ayuda a entender las posibilidades de generosidad y solidaridad que puede lograr la especie humana. La reconstrucción democrática de nuestros países latinoamericanos, tan

23 Don Santos vivía en el cantón San José, a unos tres kilómetros del municipio de La Laguna, Chalatenango, y a él le tocó atender en 1986 a una de las últimas “guindas” (huida masiva del ejército) de la población civil en resistencia, que se negaba a abandonar sus lugares tradicionales de vida ubicados en territorio controlado por la guerrilla y que el ejército quería desalojar forzosamente.

24 Todorov, Z. (1993), pp. 254-255.

lastrados por tradiciones autoritarias, necesita una reconstrucción de los indicadores sociales. La palabra de las víctimas y las experiencias de solidaridad de salvadores y reconstructores de tejido social es indispensable en esa tarea.

5. La construcción de la paz desde las víctimas

Hablábamos al iniciar esta conferencia de las potencialidades de las víctimas. En cierto modo, no hemos hecho más que recorrerlas, y llegamos a la conclusión de que solo escuchando a las víctimas podremos construir un futuro con una paz que cada día y cada lapso de tiempo crezca en calidad. Si alguien puede convencernos de que los derechos humanos no son una ideología del primer mundo o una utopía irrealizable, son precisamente las víctimas. “Víctimas, empobrecidos y excluidos son el verdadero campo de batalla de la esperanza. Es allí donde se experimenta el secreto de la alteridad, lo que es el otro... Pero son también el lugar de su universalización, ya que si los últimos tienen protegida su dignidad, la tienen todos”²⁵. Y en ese sentido, un llamado básico desde las víctimas es la exigencia de convertir en cultura el respeto a los derechos humanos. Una observación estricta de los mismos, su presencia en la legislación y en la práctica estatal y social es la primera exigencia que brota del sufrimiento humano. La memoria de las víctimas nos ayuda a recordar que la brutalidad no empieza con las masacres y con los asesinatos, sino con un lenguaje de odio y de rebajamiento de la dignidad humana.

Las víctimas, además, nos ayudan a entender el sentido de la historia humana.

Desde la óptica cristiana, creemos que una víctima, Jesús de Nazaret, que nos dejó como herencia amarnos como él nos ha amado, al llegar el fin de la historia habrá destruido “todo Principado, Dominación y Potestad”, así como al último enemigo, la muerte. Y entregará de nuevo todo lo creado al Padre “para que Dios sea todo en todas las cosas”²⁶. Lo mismo nos dice el libro del *Apocalipsis* cuando habla de la victoria final del “cordero degollado que permanece de pie”: entonces Dios “enjugará toda lágrima de sus ojos y no habrá ya muerte, ni llanto, ni gritos ni, fatigas, porque el mundo viejo ha pasado”²⁷. Pero también desde una visión profana no faltan quienes llegan a conclusiones semejantes. Ernst Bloch, hablando de Thomas Müntzer, insistía en que mientras los vencedores cuentan la historia como una “firme epopeya del progreso y de la providencia soteriológica”, las víctimas nos presentan la historia humana como un “viaje duro”, un “esquema productivo de la recordación... de todo lo eternamente perseguido por nosotros”. Y en ese sentido, “mucho de lo que en la historia predominó y llegó a encumbrarse altamente fue en realidad... risotada, fábula y divertimento de carnaval, cuando no franca obra diabólica contra Dios. Mas aquellos que se vinieron abajo, Thomas Müntzer y cuanto su aporte nos enseña a decir, pertenecen ya en sí a la serie histórico-filosófica, aún más, a un ámbito que trasciende la historia”²⁸.

Las víctimas nos ayudan a entender también el origen estructural de los enfrentamientos. Sin un cambio real en las condiciones económicas, sociales y culturales de nuestros pueblos, y especialmente de quienes permanecen en la pobreza, la paz

25 García Roca, J. (2002). Actualidad y destino de la esperanza desde las víctimas. *Revista Latinoamericana de Teología*, p. 212.

26 1 Cor 15, 24-28.

27 Apoc 21, 4.

28 Bloch, E. (1969). *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2002, pp. 16-17.

no tendrá lugar. Las condiciones en muchos de nuestros países se asemejan demasiado a la guerra de los poderosos contra los débiles, o más concretamente, de los ricos contra los pobres. Y aunque los pobres están más acostumbrados a tener paciencia que los ricos, mantener la desigualdad y la exclusión equivale a una permanente provocación. Las víctimas nos ayudan a crear una sociedad con dimensión samaritana, dispuesta a ayudar al caído y abierta al mismo tiempo a analizar críticamente las causas de la indiferencia ante el dolor del prójimo. Decía Jon Sobrino que “el coraje cristiano de esperar la propia resurrección vive del coraje de esperar la superación del escándalo histórico de la injusticia”²⁹. Y es precisamente la esperanza resistente y resiliente de las víctimas la que nos ayuda a seguir trabajando en la construcción de una historia sin las graves injusticias que todavía hoy podemos contemplar. En la constitución de la UNESCO se dice que “puesto que las guerras comienzan en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben construirse las defensas de la paz”. Eso solamente lo conseguiremos si escuchamos a las víctimas.

Desde su creatividad y desde su bondad, las víctimas nos dan también ideas originales que contribuyen a la reconciliación en la medida en que se logran imponer socialmente. En los Tribunales de Justicia Restaurativa que celebramos desde hace once años en la UCA de El Salvador, hemos escuchado con cierta frecuencia decir a las víctimas de graves violaciones de derechos humanos que si algo les gustaría es contarles a los victimarios las terribles historias y sufrimientos por los que han pasado. El diálogo entre víctimas y victimarios, aunque no sea fácil, ofrece también caminos de esperanza.

Y son generalmente las víctimas las más abiertas a participar en ese tipo de encuentros. Son ellas las que pueden conducirnos, desde abajo de la estructura social y desde dentro del sufrimiento directo de la injusticia, hacia el convencimiento de que otro mundo es posible. De un modo especial las mujeres, siempre dispuestas a hablar y compartir su dolor ante la pérdida de sus hijos, han dado pasos de un enorme valor humano en esta tarea de reconstruir lazos de humanidad, incluso con quienes estuvieron en el bando de los victimarios. Construir el futuro desde el poder es conformarnos con la repetición de la injusticia. Hacerlo desde los sin poder es la única manera de convertir los derechos humanos en una utopía realizable. En tiempo de las persecuciones contra los cristianos, en los primeros siglos de nuestra era, uno de los primeros y grandes teólogos cristianos, hablando de los mártires decía: “Las almas de aquellos que fueron asesinados por el testimonio de Jesús no permanecen en vano en el altar celestial, sino que administran el perdón de los pecados para quienes se mantienen en oración”³⁰. Trasladando el lenguaje religioso de Orígenes a nuestro lenguaje secular, podríamos decir hoy que las víctimas del presente no desaparecen nunca del escenario humano, sino que permanecen presentes en la historia administrando y orientando el camino hacia la paz con justicia a la que está llamada la humanidad.

Y ya para terminar, una última reflexión ignaciana y javeriana, dado el lugar en el que hablamos y desde el que hablo. San Ignacio pedía que se interrogara a quienes deseaban ser jesuitas si querían identificarse con la condición de víctima de Jesús de Nazaret. Textualmente preguntaba si los candidatos “desean pasar injurias, falsos testimonios,

29 Sobrino, J. (2007). *La fe en Jesucristo*. Madrid: Trotta, p. 72.

30 Orígenes, en Migne, J.-P. *Patrología griega*, 11, p. 282

afrentas, y ser tenidos y estimados por locos (no dando ellos ocasión alguna de ello), por desear parecerse e imitar de alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo”³¹. San Francisco Javier por su parte, cuando estaba en Lisboa, esperando nave para ir hacia la India, expresaba su agradecimiento al rey de Portugal por el buen trato que los futuros misioneros recibían. Pero se quejaba de que en Portugal no sufría ningún tipo de persecución, ya que pensaba que pasar mucho tiempo sin ser perseguido significaba *non militare fideliter*,³² es decir, no seguir fielmente al Señor Jesús. Y cuando algunos cortesanos de la corte del rey le recomendaban a este que antes de enviar los padres a la India los

nombrara obispos, el rey mismo respondió diciendo que los miembros de la Compañía no lo aceptarían. Enterado de ello, Javier comentaba en carta a Ignacio “que mucho holgamos... de no querer obispados ni cosa de este mundo, salvo injurias, afrentas y persecuciones por el servicio de Dios nuestro Señor”³³. En un mundo como el actual, si no nos acercamos a las víctimas, si no sufrimos solidariamente con ellas algunas ofensas de parte de quienes solo piensan en el poder y el éxito, es muy posible que repitamos en el futuro los errores del pasado y que quede en entredicho tanto nuestra fe cristiana como nuestro sentido de humanidad.

31 *Constituciones de la Compañía de Jesús*. Primero examen y general, n. 101.

32 Citado en Schurhammer, G. (1992). *San Francisco Javier, su vida y su tiempo* (tomo I). Bilbao: Mensajero, p. 811.

33 *Id.*, p. 808.